

REPLANTEAR LA DISCIPLINA DEL DISEÑO URBANO

Vittorio Magnago Lampugnani

La reflexión sobre la ciudad histórica y sus cualidades se hace obligatoria para llegar a dominar los retos del diseño urbanístico futuro.

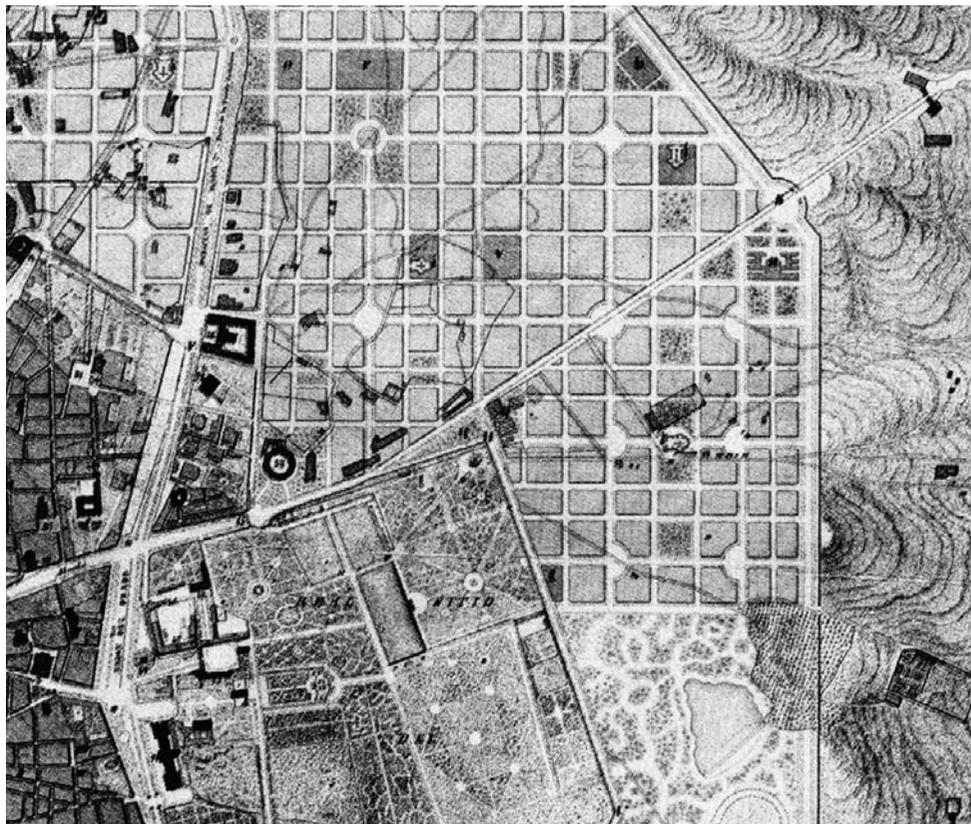
La mayor parte de las teorías del diseño urbano que se encuentran de moda hoy en todo el mundo se encuadran en una de las dos siguientes categorías: o bien son difusas e impenetrables cuando reinventan las ciudades definiéndolas como novedosas aglomeraciones ubicuas que sólo consisten en campos de fuerza virtuales y oscuros, o bien son clarísimas afirmando que la planificación urbana hoy en día es una imposibilidad absurda, usando un montón de palabrería para justificar los excesos del urbanismo que ya se ha producido. Lo que ambas tienen en común es la convicción de que no hay manera de parar la precipitada expansión y defragmentación de nuestras ciudades. Lo que no se puede evitar debe ser aceptado y, además, se tiene que interpretar positivamente para empezar a tratarlo. Por supuesto, los teóricos que basan su trabajo en esta supuesta revisión, generalmente no se ven en la molesta situación de tener que vivir en esos inhóspitos asentamientos de los que hablan y de los que, con dificultad, tienen que encontrar una abstracta belleza desde la distancia. Estos estudiosos pueden permitirse vivir cómodamente en el centro histórico, el cual definen complacientemente como obsoleto, o en el campo, hasta ahora intacto. Hasta que no se vieran afectados, se encogerían de hombros y abrirían al desarrollo urbanístico este mismo campo.

¿Es realmente aceptable esta velocísima urbanización de nuestro campo? ¿Es necesaria y debe ser asimilada como algo irremediable? Política, social y económicamente puede parecer que sí a primera vista; ecológicamente, no podemos asumirla. Los recursos de la tierra donde vivimos deben ser utilizados mesuradamente, y uno de los más importantes y preciosos es el paisaje. No debemos conquistar más y más terreno para la construcción en las afueras de nuestras ciudades con el fin de mudarnos al paisaje natural y vivir en diseminadas casas unifamiliares. De este modo destruimos la naturaleza de un modo irrevocable y creamos periferias que no son ni urbanas ni rurales. Debemos vivir todos más juntos. Debemos preservar y consolidar las ciudades que tenemos, y hacerlas cada vez más densas. Esto, hecho inteligentemente, sólo las hará más urbanas.

Esta estrategia no es nueva. En todo el mundo se crearon ciudades nuevas encima de otras viejas. Fueron modificadas y modernizadas, siempre en los límites de sus propias fronteras, y sólo se extendieron más allá de sus bordes cuando el área urbana original no era lo suficientemente grande. En el siglo XIX la población de Europa se multiplicó por cuatro y una gran parte de la gente se trasladó del campo a las ciudades. Incluso las mayores expansiones urbanísticas, que absorberían las hordas de nuevos *urbanitas* y que contribuirían a la riqueza de los especuladores de un modo vertiginoso, fueron comedidas en el uso del suelo. La descarada y descontrolada apropiación del suelo no empezó hasta la instauración de una ideología irresponsable que defiende un urbanismo ruinoso y de usar y tirar, ya en el despreocupado siglo XX, y que amenaza con permanecer en el nuevo milenio.

No existen sólo razones ecológicas para hablar en contra de una urbanización descontrolada.

Fig. 1. Expansión urbana de Madrid. Carlos María de Castro, 1857. El arquitecto y urbanista Carlos María de Castro, planificó la expansión urbana de Madrid que comenzó en 1857. En comparación con la estructura irregular y hermética de las calles de la parte vieja de la ciudad, su propuesta destaca por la geometría clara que, a pesar de su generoso trazado, es muy densa.



En términos económicos es una inversión espectacularmente pobre en relación a la economía nacional y en una perspectiva a largo plazo. Esto es debido a que los gastos subsiguientes no se pueden determinar de ningún modo. Entre estos, el proceso de urbanización que no tenga lugar más tarde, incluyendo la instalación de carísimas infraestructuras, sólo representa la punta del iceberg. En términos sociológicos, contribuye a la destrucción del sentido público, eliminando el lugar donde este espíritu de lo público puede expresarse. Este lugar es el eje imprescindible de toda sociedad que alberga solidaridad, tolerancia y que es capaz de conseguir la integración y disfrutar de la vida. En términos políticos es contraproducente, por razones similares: socava, erosiona y, por último, niega a la ciudad compacta articulada como morada de la *res publica*.

Pero el argumento decisivo en contra de la urbanización descontrolada y a favor de la urbe compacta articulada (bien declarada persistentemente muerta, bien persistentemente preferida y amada) ha sido, entretanto, el de la cuestión demográfica. El crecimiento de la población en Europa, Norte América y Japón es ya cero, si no es que está decayendo. De este modo, el urbanismo en estos países debería concentrarse en la gestión de la estructura existente, no en la expansión. Además, en el resto del mundo, donde la explosión demográfica llevó a la multiplicación de población del planeta por cuatro en el siglo XX, los últimos informes científicos predicen que el crecimiento demográfico no continuará por mucho tiempo. De hecho, la población ya está disminuyendo. A mediados de siglo se espera que no crezca más, que se mantenga e incluso que disminuya en el tercer cuarto de siglo. Esto significa que las ciudades que se están expandiendo rápidamente y que parece que vayan a explotar, también se estabilizarán e incluso se encogerán.

En otras palabras: la razón principal de la expansión de nuestras ciudades hacia el campo desapareció en Europa hace décadas y pronto ya no existirá nunca más, incluso en el resto del mundo. Las supuestamente progresistas teorías del diseño urbano que defienden los procesos de rápida urbanización, incluso en regiones enteras (las megalópolis, nombre que fue acuñado por el geógrafo francés Jean Gottmann en su influyente libro de 1961¹) han sido privadas de sus cimientos. El cambio de paradigma demográfico debe ser seguido por un cambio en el diseño urbanístico. De hecho, el diseño urbano debería acompañarlo y anticiparlo con las medidas de planificación apropiadas.

1. Nota de la redacción: el autor se refiere a GOTTSMANN, Jean, *Megalopolis: the urbanized northeastern seaboard of the United States*, The Twentieth Century Fund, New York, 1961.

Para conseguir esto, el diseño urbano deberá retomar su objetivo original: diseñar nuestro entorno de modo que se ajuste a las necesidades humanas, que sea funcional y sostenible, y que tenga un alto nivel de calidad y estética. No se puede alcanzar este objetivo si la planificación y el diseño no van cogidos de la mano (de nuevo). Por un lado, esto significa que se debe llevar a cabo una recopilación de datos objetivos relacionados con el entorno, trabajando con ellos para la planificación y aplicación de estrategias de acción. Por el otro, significa la aplicación subjetiva de estas estrategias mediante programas culturales y estéticos que lleven a una clara y definida forma física.

Esta demanda, que parece sencillamente natural, no se ha tomado en consideración durante décadas. La crisis en la que se han sumergido conjuntamente la planificación urbana y la paisajística ha partido de la idea de que debían abandonar la referencia del diseño tridimensional del entorno en favor de una creciente abstracción, lo que ha conducido a su aislamiento, incluso marginación, en los años 80 y 90 del último siglo. La arquitectura ha llenado el vacío que estas disciplinas habían provocado. Es cierto que el éxito de esta profesión no puede oscurecer su carácter paliativo. Los límites se han hecho demasiado claros, particularmente desde una visión retrospectiva. Los trabajos individuales de arquitectura que fueron considerados como catalizadores del diseño urbanístico deberían habernos enseñado a leer la ciudad y el paisaje de un modo nuevo, pero nunca transformaron el entorno a gran escala. Como modelos recomendados para ser imitados, los monumentos de los arquitectos han fracasado tanto como los diagramas de los planificadores. Además, han permitido la persistencia de la misma mediocridad esparcida que habían pretendido superar.

El retorno de diseño urbanístico a su dominio natural está todavía pendiente. Debería dejar de existir como una competición más o menos amistosa entre colegas para convertirse en una simbiosis de la planificación y el diseño. Esto exige una productiva colaboración interdisciplinaria. Por un lado, es imperativo un estudio minucioso y la aplicación de determinantes particulares para un proyecto de planificación. Por otro lado, es tan importante que funcionen todos juntos como que contengan un valor estético.

Así, al final del proceso de análisis, evaluación y valoración se hará posible llevar a cabo una decisión definitiva y eficiente. Esto sólo puede ocurrir si una gran constelación de profesionales se pone a trabajar conjuntamente. En este proceso, esta colaboración debe renovar tanto los contenidos como los métodos, reajustándolos y analizándolos continuamente. Además, no son las estrategias de diseño arquitectónico, sino las de diseño urbanístico las que son prioritarias en esta disciplina. El mundo de imágenes que representen estas estrategias como tales y que no deje que sean malinterpretadas como diseño arquitectónico está todavía por descubrir.

La complejidad de la planificación y el diseño de nuestro entorno no debe estar monopolizada por un solo grupo de trabajo, por muy grande que éste sea. Sin embargo, un grupo puede estructurarse de modo que represente las principales áreas de especialización. La arquitectura es, sin duda, una de ellas. Las estrategias políticas, sociales, económicas, ecológicas, tecnológicas e infraestructurales son esenciales para la ciudad y el país, de modo que han de ser desarrolladas para alcanzar una alta calidad de vida consiguiendo la mejor eficiencia posible. Pero estas estrategias deben dar siempre resultados materiales al final. Esta materialización es, necesariamente, de naturaleza arquitectónica, y no se debe tener en cuenta a posteriori, sino que debe alcanzar el máximo de calidad que se pueda y que se proponga en los informes. Más bien, tiene que ser incluida desde el principio como un objetivo y estar bien reflejada en los trabajos de los diseñadores urbanísticos.

Estos profesionales deberán trabajar a la vez como inventores y diseñadores, y antes de esto, como investigadores y científicos. El diseño urbano no es el gesto brillante del artista, sino más bien la construcción paciente sobre principios fundamentales que en parte ya existen y que en parte deberán crearse. No es casualidad que la escritura de manuales haya sido siempre fértil en esta disciplina, desde las obras de la antigüedad clásica hasta las del Renacimiento, desde los grandes tratados del Barroco y del Neoclásico hasta los libros de los siglos XIX y XX. Todos ellos estaban menos preocupados de fijar un canon que de agrupar y sistematizar los conocimientos que hasta entonces les habían servido. El diseño urbano, aunque debe ser también creativo por necesidad, es ante todo un tipo de trabajo metódico.



Fig. 2. Campus Novartis, Basilea, 2002. Vittorio Magnago Lampugnani y Jörg Schwarzbürg.



3

Fig. 3. Ideas para un nuevo acceso rodado a Opfikon-Glattbrugg (Zürich), 2003. Vittorio Magnago Lampugnani, Gabriela Barman-Krämer y Jens Giller. El *Urban and Landscape Network* de la ETH de Zürich experimenta con la búsqueda de estrategias como proyecto de investigación en lugar de elaborar propuestas de diseño urbano.

Fig. 4. Campus Novartis, Basilea. Los cafés, restaurantes y tiendas mejorarán el espacio urbano y lo harán más atractivo a los peatones. La carretera que conduce a la fábrica, uno de cuyos lados se abre hacia el Rin, será la que vertebré el nuevo barrio de la ciudad.



4

Este trabajo debe tener siempre presente el interés del público. Puesto que existen numerosos (y contradictorios) intereses individuales que deben ser armonizados, y puesto que se debe alcanzar el mayor grado de bienestar social para el mayor número de gente, ningún individuo que represente a unos intereses, no importa lo razonados que estos estén, puede llevar a cabo esta tarea. Sólo la autoridad pública puede asegurarnos que nuestras ciudades no sólo van a ser económicamente prósperas sino, además, lugares de justicia social, equilibrio ecológico, de promoción de la cultura y el deleite estético. Y sólo esta autoridad pública puede proteger y promover la vida pública, que ha sido siempre el tema principal de diseño urbano y paisajístico.

Con el fin de desarrollar este diseño de un modo moderno, el diseño urbano tendrá que recordar su propia tradición. Esta mirada al pasado no contradice a la innovación, que es justamente lo que exigen las nuevas condiciones, sino todo lo contrario; toda innovación radical pero comprensible sólo puede venir de la memoria más profunda. De hecho, la ciudad histórica y la cultura que ésta produjo proporcionan las líneas que se habrán de seguir en el futuro, las de la planificación urbana orientada. Una vez que hayamos dicho adiós a la ya algo ridícula noción de que nuestras aglomeraciones deberían crecer sin parar hasta que el mundo entero estuviera cubierto de una masa urbanística que acogiera a una peculiar y nómada sociedad de *yuppies*, tendremos que afrontar la nueva-vieja tarea de la planificación, gestión y cuidado de unas áreas urbanas claramente definidas. Este tipo de áreas existen y siempre han existido, especialmente en Europa. Ellas podrán proporcionar ejemplos instructivos para la planificación urbanística moderna, tanto en el viejo continente como en otros sitios.

Esto es todavía más acuciante debido a que incluso las mayores megalópolis no son últimamente otra cosa que la suma de pequeñas ciudades o pueblos. Los distritos individuales son fácilmente identificables simplemente mediante la observación de su estructura y relaciones sociales y, a menudo, por su forma y distribución. Esta escala media es la que debería ser el objetivo prioritario de la planificación urbanística. Sólo cuando está dirigida puede abarcar todas las conexiones y generar una integración estructural.

El estudio de los restos históricos debe significar cualquier cosa menos copiar. Hoy en día los retos son claramente diferentes a los del pasado, tan diferentes como son los medios tecnológicos de los que se dispone. Por consiguiente, los resultados derivados de los estudios relevantes deberán ser necesariamente modernos, carentes tanto de una nostalgia retrogresiva como de la obsesión futurista.